

español. La crispación del lenguaje y de la fábula son la expresión teatral de ese patetismo; el hecho de que el autor desvele sus ideas y sus humores, en lugar de limitarse a entretejer con variantes sobre la infidelidad; la evidencia de su respeto hacia los espectadores, la implacable imagen que da de sí mismo, y de tantos como él, en ese bebé a la fuerza, juez y furia epilógica, la prueba de su seriedad.

La obra nace como una descarga contra ese triunfalismo digestivo que llena nuestra realidad de sonoras y vacías palabras. Y si la historia «transcurre en Inglaterra» y maneja personajes desenfrenados, no sólo se debe, supongo, a estrategias de quien quiere estrenar en España, sino a una ironía que, por utilizar la misma palabra que el autor, entra ya en la tierra del «cachondeo». Término, dicho sea de paso, que posee hoy una significación escasamente conectable con la que tuvo en otras épocas. En el «cachondeo» hay hoy algo de suicidio, de impotencia que se niega a las lamentaciones, como si Max Estrella siguiera viviendo y tuviera un horario de oficina en Badajoz, la tierra de Mediero. Es seguro que de escribir teatro, sus dramas se cargarían de esa mezcla de escepticismo y de feroces ganas de estar vivo que se llama «cachondeo».

La pretensión de Martínez Mediero está lejos de cualquier naturalismo. Estilísticamente consigue transfigurar el mundo para hacerlo más nítido y más real. Sus personajes adultos barajan las imágenes extremas de cierta moral, que, si aún pasa a veces por «respetable» es porque se amarra a las viejas palabras y consigue que la antropofagia parezca el bendito desarrollo de la ci-

vilización. El bebé que aparece en el título de la obra —el protagonista— no existe en realidad. Es un adulto forzado a ser bebé, que, en la obra de Mediero, acaba destruyendo, asqueado, cuanto le rodea.

¿No es posible, de verdad, otro final? ¿No será el de Martínez Mediero —en perfecta coherencia con otras de sus obras— una especie de interrogación suplente, una petición de que acabe pronto el juego y se le reconozca al bebé su verdadera edad? Se ve en seguida que ello no sólo nos ahorraría la bomba final, sino introduciría en el drama una nueva dimensión, una relación entre los personajes exenta de «cachondeo».

El reparto, breve, lo forman Carmen de la Maza, Carmen Rossi, Pedro Civera, Pedro Meyer y Miguel Tejedó. La escenografía es de Paco Nieva. Y la dirección, como hemos dicho, de Angel García Moreno, que merece la asistencia de cuantos queremos un teatro español distinto al cotidiano. El buen trabajo de todos ellos consigue revelar la ambivalencia fundamental del drama, cuanto hay de amargo testimonio en la pesadilla lúcida de Martínez Mediero.

Se trata, pues, de un estreno que ha dado, unido al de Brecht en el Benavente, un arranque a la temporada completamente desacomodado entre nosotros. ■

JOSE MONLEON.

ARTE

Aquí, en mi retiro estival y campesino del

alto Duero burgalés, a donde suelo huir unos días de cada año para liberarme un poco de la polución artística y expositiva de las ciudades, tengo una mesa de trabajo para traicionar un poco mis deseos y mis intenciones: para trabajar en lo que es inaplazable —me digo para justificarme a mí mismo—, aunque muchas cosas no acaban de realizarse nunca y muchas otras reclaman una atención mayor de la prevista. Pues aquí tengo sobre la mesa una fotografía aparentemente insignificante que reproduzco. Representa la esquina de un barrio suburbial de Madrid, en la que, para no perder mi costumbre, aparece escrito este nombre: "Exposición".

Esa foto se la pedí a Arcadio Blasco, el magnífico pintor y ceramista, que vive por los alrededores de ese barrio y de ese enclave. Representa el lugar donde hace unos dos meses una serie de pintores de ese barrio —o ligados a él por lazos de amistad— hicieron una exposición que yo tuve el honor de presentar con unas palabras.

Exposición en un local del Camino de la Cuerda, de una exposición de pintores ligados al barrio, organizada por la parroquia

Eso queda en un lugar apenas urbanizado, pero habitado y vivido con prodigalidad en las cercanías de la Ciudad Lineal. Arcadio Blasco, que vive con su familia por allí cerca en uno de los bloques más civilizados, conoce bien el barrio, como debe ser, y, por supuesto, al joven cura de su parroquia. El cura, que es joven en el más amplio sentido de

la palabra, siente un gran amor por su feligresía, por lo que quisiera darle algo más que novenas e indulgencias. Sí: aquella es una barriada proletaria en el más estricto sentido de la palabra, aunque algunos artistas que viven en ella —como el propio Arcadio, o Eduardo Sanz o Urculo, que también viven allí —ya no quepan dentro de esa denominación sociológica. Pues en esa ocasión, el joven cura se dirigió a ellos y les pidió que le echasen una mano para los actos de celebración de las fiestas patronales —no recuerdo ahora de qué santo se trataba—, que tenía la in-

Si yo hiciese ahora un comentario sobre la exposición, cometería una solemne tontería. Allí, lo que interesaba para un tipo como yo, y supongo que para cualquier posible lector de esta crónica, era el sitio en que se realizaba, el clima de todo aquello y la opinión que sobre todo eso se dejó traslucir en la conversación posterior que mis compañeros y yo sostuvimos con la gente del barrio.

Por supuesto, yo sé bien que hay algo así como doscientas exposiciones permanentes en Madrid, en las salas consuetudinarias y en las nuevas que aspiran a serlo. Pero, aunque esas



Local del Camino de la Cuerda, en uno de los barrios suburbiales de Madrid, donde se celebró la exposición colectiva comentada en esta crónica.

tención de celebrar. Se proyectó, pues, una exposición de los artistas del barrio y de algunos amigos exteriores, para realizarla en ese local de la feligresía, que, por cierto, habían realizado con sus propias manos la gente del barrio en sus horas libres. Mi intervención —fue una idea de Arcadio— tendría que consistir, y consistió, en unas palabras introductorias sobre el arte moderno y sobre la razón de ese arte, aparentemente tan extraño a los ideales del barrio, además de responder, juntamente con los otros artistas, a las preguntas que se me formularon en el coloquio posterior.

exposiciones se celebren en Madrid y todo nuestro auditorio de aquella noche fuese habitante de Madrid, no se puede deducir de eso que todos ellos fuesen los consumidores de ese arte. Para no tener en cuenta más que la consideración más elemental, hay que suponer que, a la hora en que se abren las galerías, esa gente o está trabajando en su tajo correspondiente o, ya en su descanso diario, se está lavando para irse a la taberna a jugar al mus o a discutir con los amigos una nueva jugada de don Santiago y sus fieles pupilos. No seré yo el último en condenar esa corresponden-

cia entre la metodología de un trabajo alienante y la eficacia de una alienación programada bajo el disfraz del esparcimiento. Pero no seré yo el primero en reclamarle a ese trabajador de barriada que, cuando termine su jornada laboral, si es que la tiene sin ningún sobresalto, debe empezar su jornada formativa.

Por eso, a mí no me extraña nada que, en diálogos y coloquios como el que allí tuvo lugar aquella tarde, los interlocutores más inteligentes de la parte obrera reclamen siempre algo así como un bien que se les está escamoteando tras un arte que, en su creencia, se hace deliberadamente hermético para su clase. Tampoco me extraña, pues, que ese diálogo surgiese allí, y siempre tendré que lamentar que sea yo, precisamente yo, el que tiene que adoptar siempre el papel de abogado defensor de los artistas de hoy, cuando empiezan las acusaciones de los obreros. Porque el que me ponía en más aprieto era un joven obrero de la construcción, que se quejaba, dolido, de que eso que realizaban los mejores artistas de hoy no parecía estar hecho para él.

No diré aquí cuál fue mi respuesta. Eso, mi respuesta a aquel joven obrero de la construcción, podría ser tal vez una de mis colaboraciones «de verano», ahora que estamos faltos de exposiciones. Pero antes tengo que atender a alguna crónica que ha quedado pendiente, como, por ejemplo, la exposición gráfica de Rafael Alberti, que vi en Granada, o la exposición, que voy a ver ahora, de pintura catalana en la Torre del Merino, de Santillana del Mar. A pesar de todo, ¡qué alegría da ir a una exposición con ese auditorio!

■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.